

## CAPITULO XLII.

### Dificultades de Raza.

A cada paso en la vida nacional de la República de México se tropieza con la perniciosa influencia española, influencia tan poderosa que aún hoy todavía ejerce una marcada fuerza activa. Sobre el alcance de su acción sólo aquel que estudia cuidadosamente la historia política, social y económica de Nueva España y México, puede formarse un concepto exacto.

Si los españoles hubiesen sabido justipreciar las oportunidades abiertas ante ellos al conquistar el magnífico imperio de los Moctezumas, se habrían esforzado por cuantos medios fuesen practicables, en conservar la vida nacional del pueblo subyugado, guiándolo en la senda del progreso y de la civilización de la época y adaptándolo gradual y concienzudamente para llenar los requisitos de la nueva vida á que estaba destinado. Pero los españoles nunca comprendieron, ni probablemente lo harán en lo futuro, cuáles son los deberes de un conquistador para el conquistado. No podía esperarse tampoco que los comprendiesen. Como es el gobierno de un pueblo, como es el pueblo mismo, así será la actitud que observe hacia aquellos que afortunada ó desafortunadamente queden sujetos á su dominio. El gobierno de México por los españoles no podía ser mejor que el de la península materna, y visto el último bajo la luz de la historia, no podía ser peor.

La destrucción del vasto imperio romano y el reparto de sus posesiones entre caudillos guerreros, que se veían generalmente obligados á mantener por la espada lo que con ella ó por medio de una potente diplomacia habían ganado, produjo la concentración de un poder casi absoluto en las manos de los grandes jefes

guerreros que regían la Europa. La historia de aquellos tiempos es la historia de esos monarcas, de sus relaciones mutuas y su liga con el más grande de los poderes feudales, la Iglesia católica. La ambición de cada uno de estos caudillos, que pronto comenzaron á estilarse reyes y emperadores, era extender los límites de su dominación, poderío é influencia. Sus partidarios eran sus "buenos y fieles servidores," como á ellos mismos gustaba designarse en aquellos días de bravura y caballería; esa designación y el evidente orgullo que en ella tomaban, muestran la actitud de las vasta masas del pueblo hacia los que ejercían autoridad sobre ellos.

El rey ó el emperador regían como un príncipe autócrata absoluto; la historia se concentraba en él y reflejaba en su corte y los grandes nobles que la frecuentaban aumentaban con su brillantez el esplendor del monarca mismo. El soldado comun, el labriego, el mercader sólo figuraban en el esquema político y social de ese estado de cosas en la forma y proporción en que contribuían al poder, influencia y gloria del soberano á quien tenían orgullo en servir; los esclavos, que constituían más de la mitad de la nación, valían tanto como las bestias de carga ú otros útiles de sus amos. Bajo tal sistema el poder del monarca, de los príncipes y de los nobles se acrecentó rápidamente á expensas de sus vasallos. El vicio de esta organización estaba en su apogeo cuando los españoles emprendieron la conquista de la América Latina, y las ideas que ello engendró en altos y bajos, ricos y pobres, fueron tan mal acondicionadas como fatales habían de ser para el gobierno y administraciones que el azar hizo caer en manos de España, en aquel tiempo la nación más pobre y orgullosa de Europa. Si España hubiera tenido que labrar su destino sin el prestigio y la riqueza del Nuevo Mundo, todavía sería una de las más grandes potencias de Europa. Pero el poderío que le trajeron las nuevas tierras agregadas á su territorio nacional, aumentó su orgullo y lo que fué aún peor,



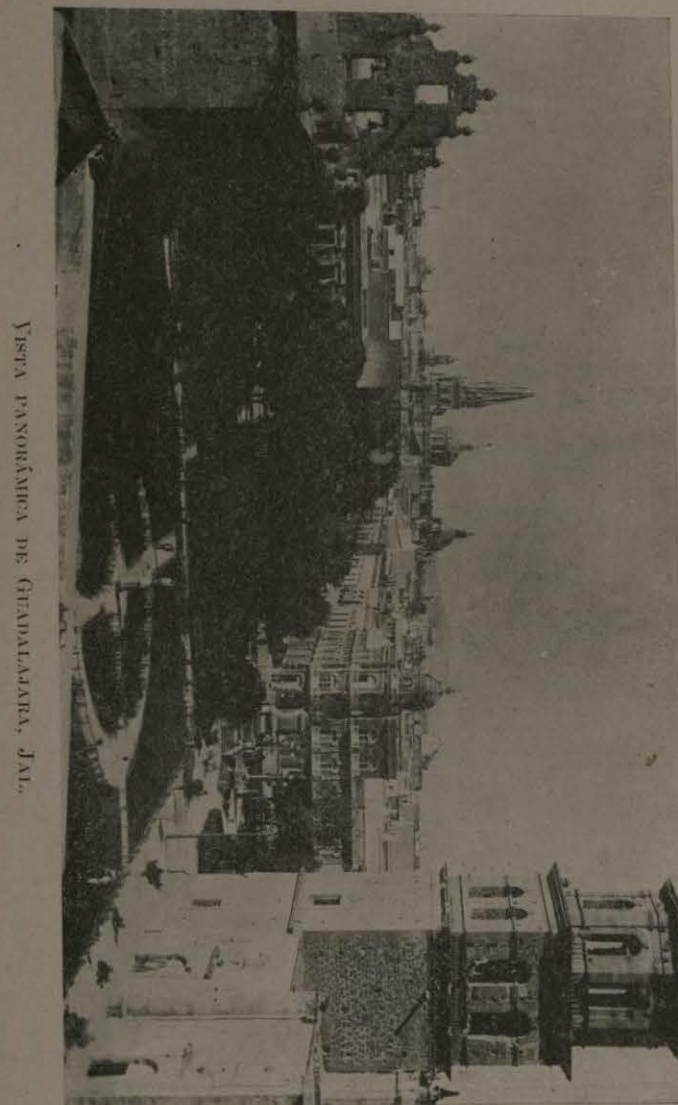
guió ese orgullo hacia la falsa dirección, convirtiendo á la raza en arrogante, tiránica, cruel y despiada para con aquellos á ella sometidos.

Pero como antes se ha dicho, no podía esperarse que el español, individualmente, fuese mejor que aquellos que lo gobernaban y su conducta en América fué semejante, en casi todo detalle, á la del monarca, corte y nobles de su patria.

Antes del descubrimiento de América la corte de España estaba abatida por la pobreza. Tan pobre era, que el equipar las tres carabelas, la mayor de las cuales no sería mayor que una balandra pescadora actual, dió origen al más serio debate y consideración, siendo el problema finalmente resuelto por la bondadosa reina Isabel la Católica, que ofreció enajenar sus joyas para reunir la suma requerida para llevar á cabo una de las más humildes expediciones que se ha emprendido para la prosecución de una empresa de tan alta importancia.

La nación española, por lo tanto, podía compararse á una gran familia que después de sufrir pobreza por largos años, se halla de repente en posesión de fabulosos tesoros y tiene ante sí la perspectiva de disponer de un número infinitamente mayor en el futuro, tornándose loca en su ansiedad de acumular riquezas.

Las historias portentosas del descubrimiento de un mundo hasta allí desconocido, relatadas por los primeros aventureros españoles que visitaron las Américas, ligadas al relato pintoresco de Cortés y sus soldados sobre la existencia de maravillosas riquezas, hicieron de España una nación de aventureros en el preciso momento en que toda la energía de ese pueblo debió haberse concentrado en pró de la edificación de la nación misma. Así fué que después de las prolongadas guerras para la expulsión de los moros de España, los españoles siguieron siendo soldados y aventureros, mostrando un desdén supremo hacia el que dedicaba sus esfuerzos al trabajo ó al comercio. Esos aventureros llevaron á España in-



VISTA PANORÁMICA DE GUAYAQUIL, ECUADOR.



contables caudales de oro y plata, los que poco la beneficiaron, pues que inmediatamente eran remitidos á otros países, para pagar los artículos que los españoles desdeñaban manufacturar en su patria. Así España sangró á las Indias para sustentar la vida nacional interna y descuidó fomentar la grandeza de la península ibérica ó de su vasto dominio al otro lado del Océano, dominio tan extenso como el que posee actualmente la Gran Bretaña.

La historia de los abusos cometidos en las colonias españolas de América y las Filipinas, es la historia política, financiera y sociológica tanto de España como de sus dependencias, pues la vida de una se reflejaba en la vida de la otra, ejerciendo una influencia preponderante recíproca. La oportunidad para el abuso por parte de España en sus colonias, moldeó su política interior, la cual á su vez fué la causa directa de su maltrato á sus posesiones. Si ella y sus colonias se hubiesen unido, sus vidas habrían sido necesariamente distintas. Pero es de nuestra incumbencia tratar de trazar la influencia de España sobre México y mostrar cómo obraba esa influencia cuando Porfirio Díaz asumió el cargo de Presidente en 1876, cómo prosiguió ejerciendo su acción y cómo es todavía un factor importante que debe ser considerado en cada paso ó movimiento político, industrial y económico del Gobierno actual.

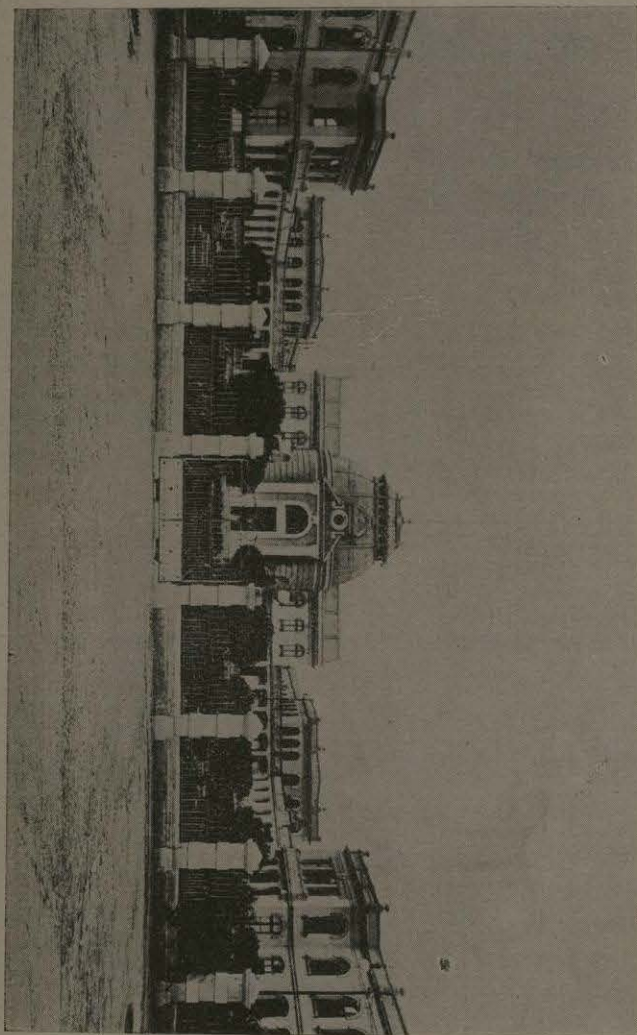
Muchas de las medidas políticas son dictadas por razones financieras y la ejecución de planes financieros afecta intensamente las condiciones sociales de un país. De aquí se sigue que estos grandes elementos que entran en el gobierno de un país, son en lo general correlativos. Como el comercio y la hacienda son las mejores indicaciones externas de la vida de una nación, podremos mejor comprender la relación de España y sus colonias, estudiando la política comercial de la primera respecto á las segundas. Este estudio nos conduce á la inevitable conclusión de que muchos de los males de que México ha adolecido durante el pasado siglo y que persisti-



rán aún cuando menos por otra generación, tienen su origen en la política comercial de España en las Américas. Como se ha manifestado ya, esta política ejerció su influencia sobre las condiciones sociológicas é industriales de la Nueva España y de otras colonias hispano-americanas. Y tan viva fué esta influencia y por tan considerable tiempo sostenida, que se tornó en una segunda naturaleza. Hasta aquellos á ella sujetos se acostumbraron á desconocer cualquiera otra influencia que no estuviese dentro de la esfera de autoridad que la primera ejercía. Esta influencia subsiste aún.

Casi inmediatamente después de la conquista, España principió á aplicar la política que habría de ser su norma en sus relaciones con México durante la mayor parte de los 300 años de su régimen. Nueva España era el Eldorado del cual extraer metales preciosos para llenar las exhaustas arcas. El gobierno, ó más bien dicho, el monarca, exigía su participación del oro y la plata producidos en los dominios españoles en el Nuevo Mundo. En adición á esto, todos los minerales, cualesquiera que fuese su clase, estaban sujetos á impuestos diversos y el mercurio y materiales usados en el proceso de extracción minera fueron declarados monopolios reales. De este modo la corte aseguraba, sólo de este origen, un ingreso muy rico. Pero España no estaba satisfecha con abatir con tan enormes impuestos una industria sin duda la más importante de México. Pronto todo lo que llegaba á las colonias procedente del antiguo continente, fué gravado de idéntica manera y cuanto producían los habitantes era sujeto á un derecho de producción y á un impuesto de exportación si salía del país. En suma, las colonias fueron abrumadas hasta el exceso con tributos cuyo solo fin era mantener á una altiva é indolente nobleza y á una corte extravagante en España.

España se vió con frecuencia mezclada en guerras extranjeras y muy á menudo tuvo también que atender á sofocar las insurrecciones iniciadas en algunos



HOSPICIO GENERAL, MÉXICO, D. F.



de sus dominios. Como se hallaba á las márgenes de la bancarrota, los gastos, enormes á veces, ocasionados por tales conflictos hubieron de ser sufragados por las colonias.

A tal extremo llegó el latrocinio y despojo de España en México y fué tanta su regularidad, que al fin tan vergonzosas demandas se hicieron un hábito para los mexicanos, cuyas clases superiores poco ó nada sufrieron con ellas, toda vez que espoliaban á las clases media y pobre y menoscababan en su trabajo lo suficiente para llenar sus extravagantes necesidades y para cubrir los tributos destinados á la corte real. El resultado de todo esto fué que las clases proletarias se convirtieron en pacientes é irredimibles esclavos, ignorantes hasta lo último y brutalizados hasta un grado nunca visto en un país civilizado.

Los comerciantes y aventureros españoles completaron lo que la corte real no había hecho: esclavizaron á los indios, guardando poco ó ningún respeto á los nativos de nobles familias y vendían sin escrúpulo toda especie de brebajes intoxicantes á todas las clases sociales, de suerte que bastó sólo una generación después de la conquista para embrutecer y viciar á una raza que se había distinguido por su sobriedad, su bravura y otras grandes cualidades, entre las que predominaba una suprema castidad y amor al hogar y á la familia.

El indio perdió todo respeto hacia sus antiguos dioses y sintió poca ó ninguna reverencia hacia los de su conquistador.

Los nobles caudillos que lo habían gobernado con suave, pero firme mano, habían ya desaparecido. Se veía á sí mismo, á sus hijos y aún á muchos vástagos de la antigua nobleza, condenados á ser irremisiblemente esclavos de los blancos. El noble y varonil espíritu de sus antepasados estaba totalmente extinto en él. Así fué que cayó en el abismo del abatimiento de cuyo fondo no se alza todavía del todo.

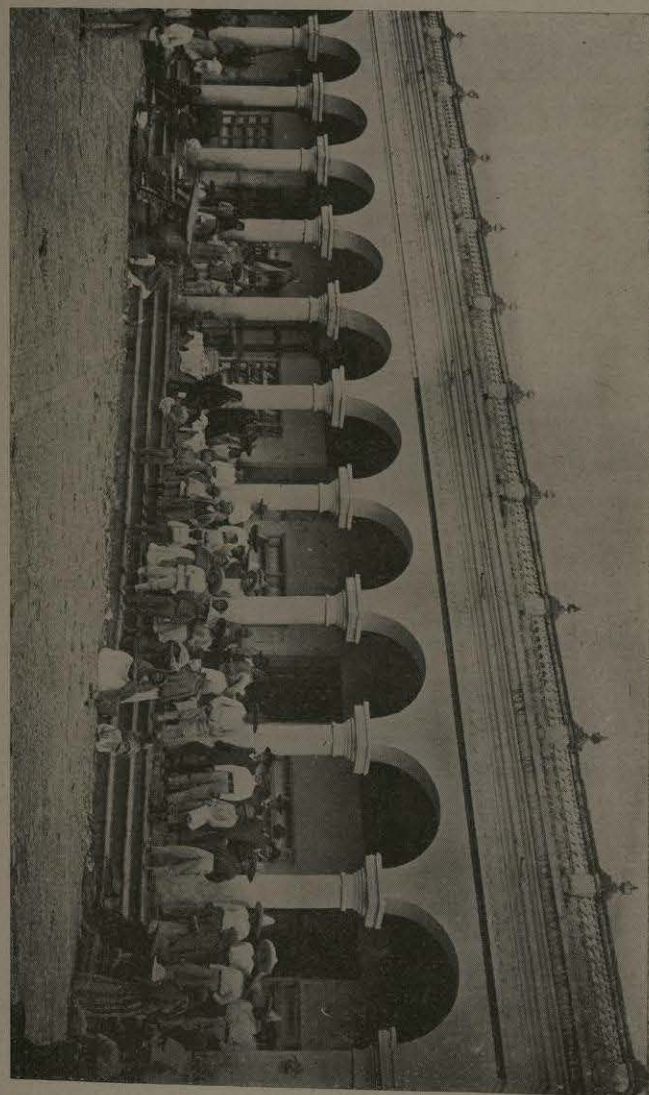
A la luz de toda esta historia debemos leer el problema que confrontó á México hace un tercio de siglo.



cuando el General Díaz se hizo cargo del gobierno, y que subsiste todavía.

Cuando los indios vieron la santidad de su hogar mancillada por los españoles en los primeros días de la conquista, se sintieron, sin duda, poseídos de una impotente rabia; pero la mucha familiaridad cría el menosprecio ó la indiferencia hacia todas las cosas. Por esto, poco tiempo después el nativo no sólo perdió el respeto á sus antiguas divinidades, sino que la castidad desapareció de su hogar y de su vida y con ella todo sentimiento de moralidad y sobriedad. Se hundió rápidamente en una situación de abyecta dependencia de los conquistadores ó de aquellos que los representaban. Pronto vió como perfectamente natural que su amo y señor le arrebatase su esposa ó su hija, si así le placía, tan sólo porque era el amo y todopoderoso.

España perdió una excelente oportunidad en la América. Si hubiese tratado de conservar la civilización nativa con sus muchas industrias y virtudes; si hubiese protegido la virilidad de la raza aborígen; si se hubiese consagrado afanosamente á impulsar bajo líneas modernas la ya avanzada civilización azteca y la de sus aliados, hubiera podido salvar para el mundo, tan sólo en México, una magnífica raza de un pueblo que, según todas las probabilidades, llegaba á un número tres veces más grande que la población actual de México. Pero España parecía profesar la idea de que la sola verdadera riqueza estribaba en los metales preciosos; nunca pudo apreciar, durante los trescientos años de su yugo en México, que en los vastos recursos agrícolas del país se encerraban infinitamente mayores riquezas que en las más ricas y famosas minas de la Nueva España. Si hubiese cultivado los recursos de la tierra de oro de los aztecas, si hubiese protegido á la población en vez de aniquilarla, si hubiese procurado preservar la moralidad y vigor de las razas aborígenes en vez de abatirlas, como nunca raza alguna civilizada se vió abatida y viciada bajo otro pueblo civilizado, habría re-



PORTAL DE SAN CRISTOBAL LAS CASAS, CHIAPAS



caudado un beneficio céntuplo de lo que en realidad obtuvo. México llamaría á España bendita, y aquellos que ahora rigen su destino no tendrían ante sí la tarea de levantar del seno del profundo desaliento al pueblo que todavía lleva sobre sí la marca de bestia que le fué aplicada hace cuatrocientos años. Si México en algunos lugares presenta signos de barbarie todavía, es porque la España civilizada lo hizo bárbaro y no porque la inteligente y laboriosa administración presente haya dejado de trabajar honradamente en la labor que prosigue desde hace más de treinta años para mejorar las condiciones políticas, industriales, económicas y sociales de la República.

Si España hubiese prestado atención seria al desarrollo de la agricultura del país y hubiese alentado la industria fabril; si hubiese fomentado el tráfico mercantil entre los diversos Estados de la República y entre México y las otras posesiones españolas en América, en vez de tratar con toda energía de sofocar aquellas industrias que pudieran estar en conflicto con las establecidas en su territorio, la América Latina sería hoy algo muy distinto, pues por humilladas y viciadas que hayan estado las razas nativas donde quier que España ha puesto su planta domindora, aún poseen inteligencia natural, habilidad para las artes mecánicas, gran facilidad de imitación, bondad, cortesía y paciencia. Son en general aptos y aprovechados estudiantes cuando reciben una educación adecuada. Un gran número de literatos y hombres distinguidos, cuyos nombres descuellan en la historia de México desde el establecimiento de la República, han llevado en sus venas sangre nativa y otros muchos han sido indios de pura raza. Esto no es de extrañar, pues los mexicanos y texcocanos, comunidades hermanas, produjeron oradores, poetas, estadistas y artistas de brillante nota, antes de que el hombre blanco hollase el suelo de México.

Los gérmenes adormecidos de la pasada civilización y notable cultura nativa existen todavía en las diversas clases de la población de México, ya sea en



los descendientes netamente españoles, ya en el indio puro, ya en el criollo, producto de ambas razas y heredero de la cultura y civilización tanto europea como americana.

La raza negra ha dispuesto durante las dos últimas generaciones, de un número de ventajas educativas infinitamente mayores que las que el indio ha tenido á su alcance en México en el transcurso de siglos enteros. Sin embargo, la primera no ha producido hombre alguno de talento que sobresalga de alguna manera. Todo lo que el negro ha hecho ha sido imitar al hombre blanco. Pero el indio conserva en gran escala su vida propia. Es cierto que su inclinación instintiva le conduce á imitar en cierto grado los caracteres generales de la moderna manufactura con los cuales ha estado más ó menos familiarizado; pero esto no es sino incidental. Poco después de la conquista aprendió de los conquistadores las artes industriales más comunes y su contacto con ellas mejoró aquellas artes que ya le eran peculiares. Esto mismo ocurrió en toda la Nueva España, originando una curiosa mezcla en las artes industriales y mecánicas de España y América, cuya influencia puede aún percibirse distintamente á través de la América Latina. Esto nos revela que esas artes alcanzaban un grado de desarrollo bien notable, supuesto que su influencia en el arte de la culta España perduró por cuatrocientos años.

Los judíos que invadieron España y ejercieron una especie de supremacía comercial por un largo período contrajeron alianzas matrimoniales con los habitantes, les inculcaron muchos de los usos y costumbres de las razas semíticas y dejaron su huella profundamente impresa en el pueblo español, la cual puede descubrirse en cualquier punto donde el español se haya dedicado al comercio: en la forma de llevar á cabo sus transacciones muestra el español la práctica judía. Más aún, los rasgos fisonómicos de la raza judaica pueden percibirse fácilmente en España, especialmente en las facciones femeninas. Más

de una aldeana española al estar entregada á sus faenas campestres, pudiera servir de modelo para una pintura de Ruth, á quien nada cedería en belleza puramente semítica.

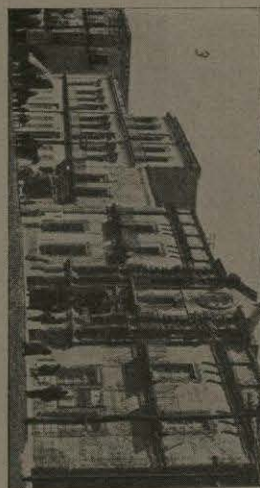
Los moros también dejaron impresas sus costumbres y hábitos en los españoles, con quienes se entrelazaron como los judíos. Por esto vemos que entre los antecesores de la antigua España, figuraron dos pueblos esencialmente comerciantes que mucho aprendieron de las prácticas comerciales romanas, griegas y cartaginesas, todas naciones activas en el comercio, especialmente la última. El español de hoy, donde quiera que va, es mercader por herencia y por instinto y así lo era igualmente en los días de la conquista. Las razas aborígenes de México poseían también un alto espíritu mercantil; pero en tanto que el español de la clase elevada miraba con desdén cualquier trabajo, especialmente de naturaleza comercial é industrial, el mexicano nativo tenía al comerciante en la más alta estima y lo consideraba en una categoría cercana á la nobleza. En suma, los nobles mismos no desdeñaron tornarse en traficantes y ejercer el comercio en gran escala, llevando consigo, muy á menudo, una fuerza armada comparable á un pequeño ejército, para proteger su convoy y operaciones de comercio.

Si España se hubiese posesionado con criterio recto de la situación en México, si hubiese reconocido las tendencias de sus súbditos españoles nacidos en México al igual que las de los millones de seres conquistados allende los mares; si hubiese apreciado que había cien veces más utilidad, aún para el ingreso del tesoro real, en promover las artes mecánicas é industrias en sus colonias de América, que en crear abrumadores impuestos, restricciones y prohibiciones, bajo el pretexto de proteger sus propias industrias, habría sin duda logrado alcanzar un desarrollo industrial tan grande, que abarcaría desde Louisiana y California hasta el Cabo de Hornos, cuyo desarrollo rivalizaría con el de los Estados Unidos.

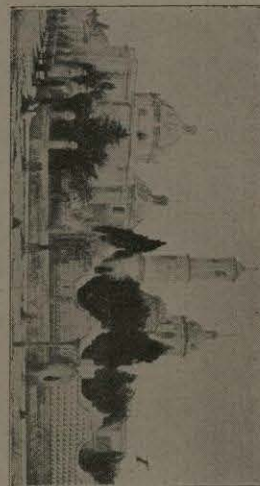


Las cuestiones y conflictos actuales en la América Central y del Sur, jamás habrían surgido, y la prosperidad y el contento reinarían donde ahora impera la pobreza, la ignorancia, escualidez y degradación, que no son sino el resultado directo de las prácticas viciosas de España en el Nuevo Mundo.

De cualquier manera que sea, en México, tocó á Porfirio Díaz reconocer que la salvación del país estriba en la educación del indígena y del criollo, en el fomento de la agricultura y las artes mecánicas é industriales, en la aplicación de la ley con toda igualdad tanto al pobre como al poderoso. Cuatrocientos años de opresión, vileza y sistemática degradación, es un peso terrible que contrarrestar, y el gobierno de México plenamente reconoce cuán estupenda es la obra que se ha impuesto para la elevación de las clases populares, lo que en sí no constituye un sólo problema sino cientos, todos ligados para formar una inmensa carga que el gobierno debe levantar. Probablemente ninguna administración en el mundo cuenta con un gabinete de ministros de tanta aptitud como los que coadyuvan en la actualidad á la labor de Díaz. La razón de esta excelencia se explica fácilmente. Debido á su gran permanencia en el poder, el General Díaz ha adquirido en México tan considerable influencia, que si quisiese usarla en cierto sentido sería poco menos que autócrata. Pero afortunadamente para México, siempre ha visto el interés del país antes que todo. Más de una vez durante su larga administración ha tenido que contender con jefes de gabinete y del ejército que trataban de valerse de su posición para fines personales, con detrimento más tarde de los intereses del país. Tan pronto como esos funcionarios descubrieron sus miras, uno por uno fueron eliminados de la situación con toda la quietud posible y cada destitución fortaleció la mano del jefe del Ejecutivo de la nación, y al mismo tiempo marcó en la mente del Presidente la ruta que debía de seguir para asegurar el progreso y bienestar de la República. De este modo, durante los úl-

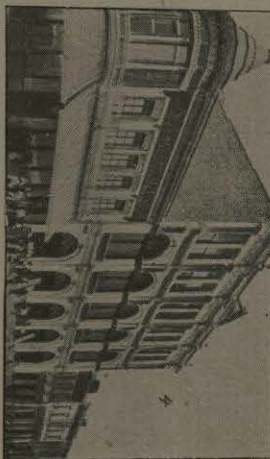


Palacio del Gobierno.



Templo de Guadalupe.

## VISTAS DE ZACATECAS.



Teatro Calderón.



Acueducto.



timos años el General Díaz ha podido seleccionar sus ministros, sin presión externa, obteniendo como resultado que ha llevado á aquellos que en su concepto poseen las mejores dotes para el cargo.

Sobre este respecto, prácticamente en ningún otro país del mundo el jefe ejecutivo de la nación ha estado colocado más favorablemente, porque es raro que un solo hombre posea al mismo tiempo el inmenso poder del General Díaz y su vasta experiencia ejecutiva, todo aunado á un intenso deseo de adaptar su trabajo al bien exclusivo de su patria.

Hemos sondeado la opinión de los gobernadores de los Estados, jefes del ejército, ministros de gabinete y empleados prominentes, acerca de las condiciones y cuestiones industriales y sociológicas que afectan al país, y hemos obtenido como respuesta la casi unánime expresión de que el gobierno de Díaz ha sido y es prácticamente el único que durante la historia de la República, ha producido un beneficio directo para las clases media y popular, esto es, en suma, el único que se ha posesionado del estado sociológico é industrial latente. Aquellos que han estudiado detenidamente estas cuestiones, conocen las grandes dificultades que hay en México aún para lograr un progreso moderado hacia la mejoría de esas condiciones.

Uno de los secretarios de gabinete del General Díaz, persona de gran ilustración y perito en cuestiones de historia y sociología, no hace mucho, expuso al suscrito, que había veces en que se sentía desalentado al percibir el escaso avance que parece efectuarse en el sentido de elevación de las clases populares en el interior de la República, y que sabía que otras personas, colaboradoras como él para lograr ese fin, igualmente en ciertas ocasiones participaban de igual desaliento.

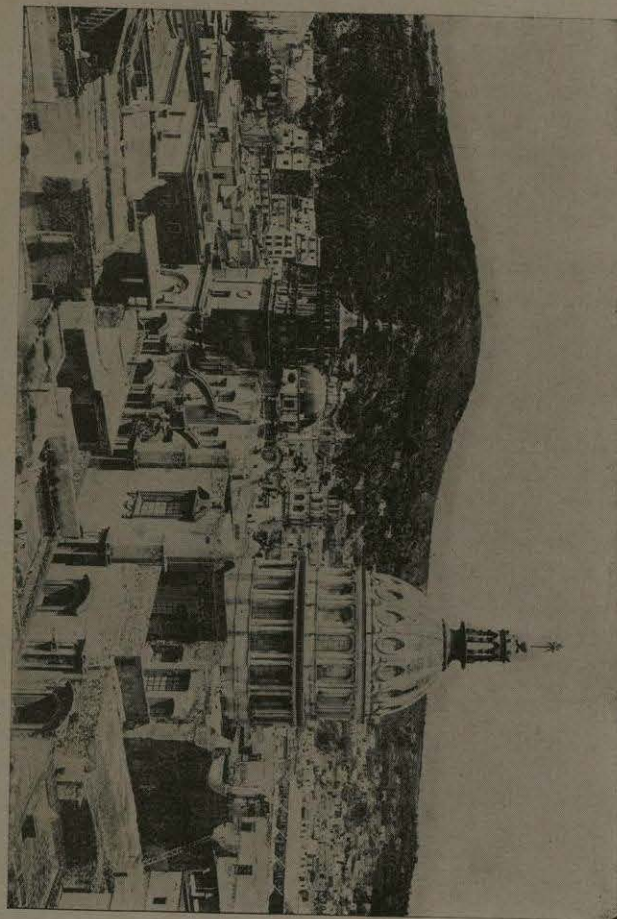
Todos reconocen que la maldición de los trescientos años de la dominación española aún obra sobre las razas, tanto nativas como foráneas, de México, como un peso enorme que sólo la paciencia, la unidad



de esfuerzo entre aquellos en el poder á través de todo el territorio y muchos años de incesante labor, lograrán sacudir. Y el más desconsolador aspecto de cuestión de tan alta importancia es, que aquellos que se dedican á juzgar las acciones y trabajos de la administración, aún críticos mexicanos, persisten en contrastar á México con los Estados Unidos y Europa, sin tomar en consideración ninguna de las dificultades terribles de la lucha que sin tregua se prosigue para realizar un ideal del más alto progreso, el que, aún en medio de tantas dificultades, ha venido efectuándose paulatinamente.

El General Díaz es un hombre de estupenda fuerza de voluntad y tesón para la prosecución y logro de cuanto estima recto. Se muestra sensible á la crítica que mal interpreta sus actos, bien por ignorancia ó bajo otros móviles, y sobre todo á los cargos de egoísmo respecto á su administración de los negocios de la federación.

El General Díaz cree, con justicia, que en el indio existen inherentes virtudes, las que la educación y ocasiones propicias harán surgir. Ha sido siempre amante del estudio de la historia y sociología y ambas le han enseñado que se encierran en el carácter del indio posibilidades que son la más brillante esperanza para su futura regeneración. Pero reconoce también que su avance tendrá que ser lento, difícil y penoso. Por esto es que durante su administración se ha manifestado ansioso de hacer cuanto le es dable para el levantamiento de las clases populares. Si se toman en debida consideración las muchas y casi invencibles dificultades con que el Gobierno ha tenido que luchar para proseguir esa política, el veredicto debe ser: que mucho se ha logrado en el sentido de mejoría de esas clases. El indio y criollo de los pueblos interiores y partidos rurales son tenaces y apegados á sus costumbres, y sólo á costa de infinita paciencia y bajo la influencia del tiempo que todo lo transforma, podrá hacersele cambiar. Esto ha sido reconocido por el gobierno de México; pero es exae-



VISTA PANORÁMICA DE GUANAJUATO.



tamente, también lo que los censuradores de México han omitido tomar en consideración. En otros términos, al valorizar el progreso de México durante el régimen de Díaz, no han buscado los verdaderos conceptos de apreciación para basar sus juicios. Han juzgado á México, no desde el punto de partida de su etapa en la senda de la civilización, sino desde el de otras naciones, que ni ahora ni antes han tenido que confrontar problemas tan desconfortantes como él. Sociológicamente han hallado á México atrasado comparándolo con los países que les han sido siempre familiares, y sin razón, lo han calificado desde luego de bárbaro. Han lanzado el reflector de la publicidad sobre los puntos oscuros de su sociología y han hecho aparecerlos cien veces más sombríos de lo que en realidad son por medio de hábiles contrastes de luz y sombras. Han pasado por alto del todo los vivos esfuerzos que el gobierno ha estado haciendo para impulsar el avance de las clases inferiores y para mejorar las condiciones sociales en toda la República. No han fijado los verdaderos principios bajo los cuales razonar, sino que se han señalado á sí mismos como el tipo ideal de la perfección cívica y han procurado mostrar cuánta distancia separa aún á México de esa eficiencia de civismo ideal. De esto se infiere que tales críticos y censuradores son explotadores del sensacionalismo y del escándalo, que sólo buscan el describir á México como bárbaro, el adquirir una temporal notoriedad, la que de otro modo nunca podrían alcanzar. Si este concepto natural no fuese exacto, entonces esos mismos críticos ó son culpables de punible descuido en la recopilación de sus datos y ligereza en la investigación de las condiciones de México, ó bien demuestran una manifiesta incompetencia para la labor que han emprendido ó que les fué encomendada.

Se ha llamado ya la atención hacia la fatal influencia de los españoles sobre las razas de América, influencia de degradación, humillatoria y que destruyó las aquilatadas cualidades de los rudos mexicanos, za-



potecas y mayas en México, castas denodadas, guerreras y amantes de la libertad, y en general perniciosas para todas aquellas naciones y tribus donde los españoles denominaron este lado del Atlántico. Esa degradación aumentó gradualmente asumiendo muy grandes proporciones. La nobleza azteca desapareció paulatinamente y perdió pronto su influencia sobre las masas aborígenes. Por lo tanto, si el estudiante de la historia de México quiere estimar debidamente los caracteres de los aztecas y familias de elevada cuna, debe retroceder hasta el período de la conquista en que los españoles eran aún escasos en el país y corta su predominancia, siendo esto lo que hizo que al principio trataran con consideraciones á las familias de la noble estirpe mexicana, á quienes más tarde habían de rechazar con el desdén que muy á menudo crean el poder y la inmunidad.

Por dos generaciones posteriores á la conquista los indios se distinguieron en la arquitectura, pintura y literatura. En todas estas artes denotaron notable adelanto y una manifestación intelectual que causó el asombro de los conquistadores y mereció el elogio de los sacerdotes españoles que en la nueva tierra practicaban su misión con desinterés, abnegación y entusiasmo. La esclavitud, la humillación y el oprobio habían hecho caer al indio de su pedestal; pero su obstinada persistencia se mantuvo á través de los siglos transcurridos. Y si el español ha impreso su influencia sobre la raza india, ésta ha ejercido, á su vez, otra influencia no menor en el residente español en Nueva España. La arquitectura de México muestra por donde quiera los rasgos de la construcción india, mezclados fantásticamente con los estilos, algo grotescos ibero y morisco.

En la agricultura, el español en México ha sido profundamente influenciado por los antiguos métodos aztecas, los que aún subsisten en una gran mayoría de los distritos rurales.

Los primitivos pintores indios crearon una escuela que mucho prometía; pero la brutalidad del trato

español sofocó ese espíritu de aspiración en una raza en sí instintivamente artística, aún cuando ese arte no hubiese avanzado más allá del grado en que lo grotesco toma á menudo procedencia sobre las formas del verdadero arte. Pero aún en la pintura, desde los primeros días de la dominación española hasta el presente, puede percibirse en México la influencia del indio, la cual es la única que presenta muchos y notables rasgos de individualidad y originalidad.

Los trabajos de esos primeros artistas, casi todos sin tener más enseñanza práctica en el dibujo y uso de los colores que la rudimentaria que eran capaces de impartirles los sacerdotes, es una elocuente prueba de lo que ese pueblo hubiese sido capaz de hacer si el español hubiese sabido impulsar las razas que tan dramáticamente cayeron á sus plantas, en vez de destrozarse y hundirse en el lodo cuanto de bueno y lleno de promesa en el futuro tenían.

Los esfuerzos de los indios en los primeros años subsecuentes á la conquista, son igualmente dignos de mención. La sola literatura de interés durante ese período en Nueva España, omitiendo unas cuantas notables excepciones, fué producto de los indios mismos, vástagos de nobles familias.

La asiduidad laboriosa que mostraron en el acopio de datos históricos y el estilo pintoresco usado en el desarrollo de sus obras, los hace acreedores á los títulos de distinción literaria á que aspiraban los mexicanos antes de la conquista, distinguiéndose especialmente la ciudad de Texcoco.

Y lo más lamentable es que una raza que tanto prometía haya venido á quedar sujeta á una nación tan mal acondicionada para fomentar el bien del país conquistado.

La esperanza que este pasado inspira, la invocación de la grandeza del pueblo mexicano nativo antes de la conquista y en los días inmediatos á ella; la evidente persistencia de sus características tradicionales, aunque abatidas y viciadas á través de cuatro siglos de abuso; los signos visibles de la influen-



cia del indio sobre la población netamente española de México, preservados hasta el presente, son señales que hacen confiar al que hoy procura el bienestar de México, que el futuro reserva grandes cosas para el indio, cuando la educación y más favorables oportunidades para ella, se hayan extendido hasta las más remotas regiones de la República.

Hay que tener presente la obra de indios de raza pura, como el gran Juárez, en la esfera política y legislativa, Ignacio Ramírez en literatura, y la de muchos criollos notables, entre los cuales el de mayor mérito es Díaz, para alentar esperanzas y proseguir la magna tarea de educar y levantar á las masas, devolviendo al indio su patrimonio, del que tan injustamente fué despojado hace cuatrocientos años.

## CAPITULO XLIII

### Condiciones sociales.

En 1821 México no se conocía á sí mismo como nación; no tenía, esto es, no se había formado adecuada concepción de los deberes, derechos y obligaciones que trae aparejados consigo el hecho de la nacionalidad. Había estado su pueblo sujeto por tan largo tiempo, que no podía comprender cuán inestimable presente se le había conferido, con el simple hecho de independizarlo de la dominación española; hecho que le permitía seguir su camino sin trabas de ninguna especie, pero sin más ayuda y protección que la de los esfuerzos individuales de sus miembros y de su esfuerzo colectivo como nación. En algunos respectos los ciudadanos eran patriotas hasta el último grado. Sin embargo, el más patriota de ellos nunca parecía comprender, que el país requería, por derecho inherente á la libertad nacional, algo más que los servicios de la espada, la estrategia del jefe militar y los sacrificios del soldado. Esa abnegación que hizo á innumerables ciudadanos perder la vida en aras de la libertad de su patria, durante los once años de heroica y apasionada lucha que precedieron á la realización de la independencia nacional en 1821, se veía desaparecer como por encanto, cuando estos mismos hombres se lanzaban al terreno de la política. Y no por eso debe suponerse que el patriotismo hubiera disminuido en ninguno de ellos. El mal estaba en que no habían sido educados en la escuela de la tolerancia; no habían sido acostumbrados á pesar las ideas ajenas, y á buscar en ellas lo bueno que pudieran tener y no tan sólo lo malo; y sobre todo, no comprendían que la felicidad del país que tanto amaban, requería, más que nada, el sacrificio de los deseos y ambiciones individuales en beneficio de la comunidad. No podía esperarse que comprendie-